**La ética como propedéutica de la fe**

Atendiendo a la vida y propuesta de Juan el Bautista se puede sostener que “la ética” es propedéutica de la fe; que no se puede concebir la apertura al misterio de Dios sin el apoyo que supone el reconocimiento del otro como otro y todo lo que de ello se deriva. Quizás, sea bueno, desde ya, dejar en claro que cuando hablo de ética no me refiero a las normas ni al conjunto de imperativos categóricos propios de la deontología, sino a la base misma de la ética, a aquello que bien se releja en la afirmación que hizo Umberto Ecco en una de las cartas que le envió al Cardenal Martini y que están recogidas en el libro: “En qué creen los que no creen”. Esa frase dice lo siguiente: “La dimensión ética comienza cuando entran en escena los demás. … los demás están en nosotros. Pero no se trata de una vaga inclinación sentimental, sino de una condición básica.”[[1]](#footnote-1) cuando el otro entra en escena, nace la ética”. Detrás de esa afirmación podemos intuir que la ética, antes que cualquier otra cosa, es una cuestión de relación entre los seres humanos y que supone reconocer al otro como otro en el que cada uno se ve reflejado e intuye la propia dignidad. ¿En qué sentido se puede afirmar, pues, que la ética es propedéutica para la fe?

**Lo que ya sabemos.**

A nadie se le oculta que la fe de cualquier credo entraña una ética o forma de comportarse en la vida con respecto a los otros, la sociedad y a la humanidad en su conjunto. Bien se puede decir que no hay religión sin ética o sin indicaciones de tipo ético. Esa afirmación es absolutamente evidente para los cristianos. Cualquiera que se diga cristiano sabe que su fe entraña un tipo de comportamiento con respecto a los otros, etc. No es tan evidente, en cambio, que la ética sea un camino relevante y propedéutico para alcanzar o descubrir la fe. Si bien para los cristianos la fe es un don, es decir, algo que no se obtiene por medio del esfuerzo humano del tipo que sea, sino que es una gracia que se recibe en forma inmerecida, cabe preguntar si la ética puede ser propedéutica de la fe.

Los mandamientos muestran a las claras que Dios “manda” vivir de determinada manera para alcanzar la felicidad personal y grupal (pueblo, nación, humanidad) en la historia y más allá de ella. Esto nadie lo duda. El mismo Jesús nos dejó algunos mandamientos fundamentales como son: “ámense los unos a los otros como yo los he amado”. Los mandamientos de Jesús van mucho más allá de la ética, aunque la suponen. Jesús apela a algo así como “actos de grandeza” como bien lo refleja, entre otros, el texto de Mateo que dice: “Han oído que se dijo a los antepasados: *No matarás;* y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo les digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano ‘imbécil´, será reo ante el Sanedrín; y el que le llame `renegado´, será reo de la gehena de fuego.” (Mt. 5,21-22)

Pues bien, que Jesús nos invita a vivir de una manera ética es evidente. Como ya fue dicho, basta con recordar el gran mandamiento de Cristo en el Evangelio de Juan: “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros.” (Jn. 13,34), o, como dice un poco más adelante: “Este es el mandamiento mío: que se amen los unos a los otros como yo los he amado.” (Jn. 15,12)

Ambas expresiones son exhortaciones a los suyos, como si se tratase de una propuesta espiritual o de un consejo esencial para encontrar la vida abundante. No obstante, importa notar que Jesús deja un mandamiento nuevo, es decir, un imperativo que evoca un principio ético más que una orientación espiritual. Es indudable que el mandamiento tiene una carga ética sustancial, aunque apunta a un estilo de vida que supera lo estrictamente ético, entendido como mera regla de convivencia pacífica. Aquel “como yo los he amado” va mucho más allá de lo exigible desde cualquier ética. No obstante, importa recalcar que “manda” vivir de determinada manera.

Las famosas Máximas de Kant clarifican lo qué ha de entenderse por ética. Mirando con un poco de detención, podemos decir que las “máximas” apuntan a “mínimos” exigibles en las relaciones interhumanas. Una de las más conocidas es la siguiente: *“Obra solo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal.”* Kant establece las “máximas” como si se tratase de grandes mandamientos para la convivencia entre los seres humanos; en ese sentido, es que podemos decir que son mínimos exigibles para la sana convivencia. Como ya se dijo, también parece claro que cuando Jesús nos invita a amarnos los unos a los otros como él nos amó, va mucho más allá; invita a dar la vida por los demás y no sólo a tener tratos justos con los demás.

Que la vida de fe supone una ética es evidente. Uno puede decirse cristiano si intenta vivir de acuerdo a los mandamientos cristianos. Ahora bien, no parece tan evidente que la ética sea propedéutica de la fe. Se trata de una intuición que debe mostrar sus asideros.

Entiendo que hemos de ir de menos a más. Quizás debiéramos comenzar con la siguiente pregunta: ¿en qué sentido se puede decir que la ética nos abre a la fe?, para después mostrar en qué sentido se puede decir que la ética es “necesaria” para acoger el don de la fe.

**La ética que nos abre a la fe.**

Una ventana a la intuición aludida nos la brindan los mismos evangelios. Como se dijo al comienzo, la figura de Juan el Bautista puede ayudarnos a entender en qué sentido la ética es propedéutica para la fe. A nadie se le escapa que su acento fue ético, es decir, que insistió en que había que realizar cambios personales como preparación a la venida del Mesías. Por otra parte, no es menor el dato de que el mismo Jesús se puso en la fila para ser bautizado.

La austera figura del bautista convocaba a una conversión como forma de prepararse para la próxima venida del Mesías: “Conviértanse porque ha llegado el Reino de los Cielos” (Mt.3,2) “Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán confesando sus pecados.” (Mt. 3,5-6). “… apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados.” (Mc.1,4)

Ahora bien, la conversión exigida por el Bautista tenía una fuerte carga ética: “El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; y el que tenga para comer haga lo mismo.” (Lc.3,11)

Es obvio que Juan está pidiendo un cambio de vida a quienes han de bautizarse. Hizo un llamado ético para preparar al pueblo de Dios y, así convertidos, realizar una nueva entrada a la tierra prometida, no ya para conquistar el territorio como lo hizo Josué, sino para vivir de una manera propia de los hijos de Dios.

¿Por qué debían cambiar de vida para bautizarse? La respuesta es evidente: como una forma de prepararse a la venida del Mesías. Importa recalcar el simbolismo que entrañaba el bautismo como tal para realizar la “nueva entrada” en la tierra prometida. Aquellos que se bautizaban significaban que querían entrar “de nuevo” en la tierra prometida, no ya para conquistar y guerrear, sino para llevar una vida digna y propia de los hijos de Dios. El bautismo de Juan significaba y ratificaba la decisión íntima y real de las personas que habrían de entrar a la tierra prometida. Evidentemente, se trata de una exigencia para recibir al tan ansiado y esperado Mesías. El Reino de Dios que llegaría de la mano del Mesías sólo si las personas y el pueblo estaban preparados para acoger la novedad de Dios.

El simbolismo es patente. Juan bautizaba en el mismo lugar por dónde muchos años atrás el pueblo había cruzado el Jordán para habitar la tierra prometida. El texto de Josué dice así: “Cuando el pueblo partió de sus tiendas para pasar el Jordán, los sacerdotes llevaban el arca de la alianza a la cabeza del pueblo … las aguas que bajaban de arriba se detuvieron y formaron un solo bloque a gran distancia … y el pueblo pasó frente a Jericó. Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yahvéh se estuvieron a pie firme, en seco, en medio del Jordán, mientras que todo Israel pasaba en seco, hasta que toda la gente acabó de pasar el Jordán.” (Jos.3, 14-17)

Bien podemos colegir que Juan intentaba llevar a cabo una nueva entrada simbólica a la tierra prometida, no ya para ocupar un territorio sino para que el pueblo escogido viviera de acuerdo a la voluntad de Dios. La preparación para ese paso, la conversión necesaria, requería una forma nueva de relacionarse con los otros y que Juan la expresa con una imagen clara y contundente: compartir el vestido y la comida (Cfr. Lc.3,11).

Con respecto al tema que nos interesa, cabe recordar que Juan el Bautista fue el precursor, el que vino para allanar el camino, según testifican las primeras comunidades cristianas cuando afirman que: “…i*rás delante del Señor para preparar sus caminos”* (Lc.1,76)

Que el Bautista aparezca en los evangelios como el precursor, como aquel que habría de preparar el terreno para la venida del Mesías, no puede ser tomado como algo meramente anecdótico o accidental. Hemos de pensar que nos revela, de alguna manera, el proceso que todo ser humano habría de seguir para acoger la Buena Nueva de la Salvación.

La invitación de Juan el Bautista a la conversión del pueblo es lo que prepara la acogida de Jesús como el Mesías. A partir de esa historia, se nos abre una ventana para entender que la ética tiene un papel relevante en el proceso del corazón humano para acoger la entraña profunda del mensaje de Cristo. Podemos dar un paso más y preguntarnos si el acercamiento al “otro” en tanto que “otro” nos dispone mejor para el encuentro con Cristo y su mensaje. Es decir, cabe preguntarnos si la dimensión ética, tal y como lo subrayó Eco, es condición fundamental para acoger el don de la fe.

Importa recordar que la Revelación que nos brinda la Biblia no es, sin más, un listado de verdades, sino una vida que se nos ofrece envuelta en relatos e historias de todo tipo. Historias que desvelan la profundidad de la realidad en general, del ser humano en particular y de la presencia viva y actuante de Dios en medio de nuestra historia. En nuestro caso, los relatos sobre Juan el Bautista no se reducen, como hemos visto, a un mero anuncio de la proximidad del Mesías. El hecho de la necesidad de la conversión para recibir el bautismo, revela mucho más que un hecho puntual o anecdótico: se nos invita a vivir de determinada manera para acoger al Señor que viene. A esa preparación le llamamos ética.

Con lo dicho bastaría para sostener que la ética es propedéutica para la fe. No obstante, podemos hacer el esfuerzo por desentrañar alguna razón que ayude a entender la tesis que intentamos exponer.

De la mano de la antropología teológica se alumbra una razón que permite vislumbrar por qué la ética es propedéutica de la fe. Javier Garrido, refiriéndose a la experiencia de Dios afirma: “Nuestra opción ha consistido en radicalizar lo antropocéntrico mediante la experiencia de la subjetividad como alteridad, estableciendo una convergencia profunda entre Revelación y antropología”[[2]](#footnote-2)

La alteridad intrínseca y sustancial del ser humano nos ayuda a vislumbrar su radical apertura. Al subrayar la subjetividad como alteridad, podemos intuir que lo humano se abre paso, únicamente, desde el respeto y la apertura a la alteridad. Esa es la condición existencial que hará posible que los seres humanos concretos se abran al misterio de Dios. El respeto y la acogida del otro es lo que funda la ética y la condición sin la cual el ser humano no puede abrirse al misterio de Dios. Parece claro que asumir la alteridad que nos constituye como seres en relación, no es algo puntual o que se active de una vez para siempre, sino como un dinamismo existencial que debe ser cultivado y cuidado a lo largo de toda la vida. La dimensión ética nos abre al horizonte en el que el misterio de Dios se nos ofrece como el interlocutor más radical de nuestras vidas.

El solipsismo y el narcicismo nos encierran; vueltos hacia nosotros mismos, no podemos percibir ni ser interpelados por nada ni por nadie. Cuando el narcisista dice mirar, se mira a sí mismo, mira todo en función de sus apetencias y provechos. El “otro” no es otro para el narcisista, es pura oportunidad o beneficio. La ética nos invita a salir de nosotros, a descubrir el otro como otro que nos ayuda a comprender la propia dignidad. En ese sentido, “la ética” es el ámbito ineludible para vislumbrar el misterio de Dios que siempre se acerca como Gracia.

P. Armando Raffo sj

1. Umberto Eco y Carlo María Martini, “¿En qué creen los que no creen?, Taurus, México, 2000, p.114 [↑](#footnote-ref-1)
2. Garrido, Javier, Proceso humano y gracia de Dios –apuntes de espiritualidad cristiana-, Sal Terrae, 1985, Bilbao, p.623 [↑](#footnote-ref-2)